



# ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## ALGO SOBRE LA LITERATURA PSICOSOMÁTICA DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

por el

Doctor LUIS S. GRANJEL

Profesor de Historia de la Medicina en la Universidad.  
Salamanca.

### I

A sí mismo, en *El doctor inverosímil*, la obra que motiva este comentario, Ramón Gómez de la Serna, su autor, se ha calificado de freudiano; de temprano, madrugador freudiano. Publicó su primera edición en la «Novela de Bolsillo», en Madrid, el verano de 1914; escribe en el prólogo a su nueva edición (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941), recordando aquélla: «No se conocía aún en España, fuera de algunos especialistas de la Psiquiatría que leían el alemán, el nombre y la doctrina de Freud, y la alergia y sus derivaciones eran mucho más desconocidas.» Lo cual es muy cierto; todavía no habían empezado a publicarse las *Obras completas* del profesor vienés, que tradujo Luis López Ballesteros para Biblioteca Nueva, y la alergia no consiguió, digamos, resonancia literaria hasta que, en el número de diciembre de 1933 de la revista *Cruz y Raya*, publicó Jiménez Díaz su trabajo sobre «La significación biológica de la alergia».

Me atrevo a discrepar, sin embargo, de su mote de freudiano; en la narración de sus curaciones nos hace el doctor Vivar—que tal es el nombre del *Doctor Inverosímil*—no se acosa al lector con esa *libido*, disfrazada de mil modos, trágica y grotesca, con rostro de careta de Solana, que aquella afirmación previa parecía anticipar. Yo diría que Ramón Gómez de la Serna fué por este libro suyo, en España, el primero que estuvo de vuelta de Freud; estuvo de vuelta antes de que para muchos llegasen los primeros ecos del escándalo que precedía al nombre del creador del psicoanálisis. El «estar de vuelta» de Gómez de la Serna es un estar de vuelta inteligente, pues supo traer consigo lo verdaderamente original, y olvidar en el regreso la arbitrariedad que hacía coro; fué, no cabe dudarlo, repito, un estar de vuelta inteligente.

Para mí, *El doctor inverosímil* es la primera obra de Medicina psicosomática en la bibliografía española (un precedente, en el terreno literario, de la que Rof Carballo había de escribir mucho después) o si mi lector lo prefiere, de *literatura* psicosomática; pero aun así, no se olvide, una literatura merecedora de ser leída por nosotros los médicos. Y la título «psicosomática» porque las ideas médicas del doctor Vivar, su manera de entender la enfermedad y curarla revelan una original y prometedora síntesis de las nociones que redescubrió el psicoanálisis y el concepto clínico de alergia; el nudo de tales doctrinas lo forma la definición, dada por nuestro doctor, de lo que podría definirse como alergia psicosomática, o, mejor, psicológica.

Constituye la obra la narración que el doctor Vivar hace de más de un centenar de enfermos a los que trató y curó o ayudó a bien morir; número su-

ficiente de relatos patográficos para hacerse inteligible y explicarnos su modo de aprehender ese evento azoroso, de imprevisible futuro, que llamamos enfermedad. Lo que de sus ideas pueda repetir aquí, me apresuro a anticiparlo, no añadiré nada a quienes hayan leído aquéllos, ni tampoco excusará su lectura a quienes aún no los conozcan. Mi empeño, se reduce a estampar los recuerdos de una primera lectura, hecha con apremios y con la atención seducida, a la vez, por muchas cosas; creería haber conseguido más de lo que me atrevo a esperar si lograra proporcionarle a mi lector una guía, el *Baedeker* necesario para realizar con fruto una inmersión, sosegada y detenida, en las *Memorias clínicas* del doctor Vivar, *doctor inverosímil*.

### II

Toda la doctrina clínica de nuestro doctor, el saber que da apoyo teórico a su modo de obrar ante el enfermo, se halla edificada en torno a una original, personalísima manera de interpretar el concepto de alergia. «Desde su juventud—dice de él el editor de sus historias clínicas—había tratado las enfermedades por un procedimiento parecido al que ahora está de moda entre los especialistas en «alergia», la homeopatía de esta época... Había aprendido el nombre y calidad de todas las gramíneas y había estudiado toda clase de polen, de pequeños hongos y de otras sustancias y residuos que pueden ocasionar el «sentirse morir» de muchos enfermos.

Recurriré a los propios textos del doctor Vivar sobre el tema, pues importa dar una idea más acabada acerca de su valoración de la alergia, para ésta causa única del multiforme enfermar humano.

Los hombres, sostiene nuestro doctor, pueden mostrar esa patológica susceptibilidad en que consiste el «sentirse morir» de la alergia, tanto ante el mundo exterior como frente a la intimidad de su propio existir; es entre ambos mundos, el real y el psicológico, donde los hombres, haciéndose sus vidas, existen, y desde ambos puede asaltarles el extraño morbo de la alergia. Dice el doctor Vivar: «No sólo podemos ser accedidos por las malas ideas, terrible mal del siglo, sino que a veces lo material también nos ametralla misteriosamente.» Esta manera de entender la alergia roba su antiguo misterio a tal modo de padecer: «Lo más terrible de esta enfermedad, y al mismo tiempo por lo que se la puede vencer, es porque lo que nos ataca no es nada sobrenatural, sino algo que está con nosotros en el mundo, que nos es absolutamente familiar, que podemos capturar»; pues no es otra cosa, agrega nuestro doctor, que el pasado—polvo de cosas, polvo de recuerdos, ceniza—, inmiscuyéndose en lo que todavía no

lo es, en nuestro presente: «Todo el intrínquilis es que la ceniza quiere adelantarse a la ceniza y obrar por su cuenta, mezclándose al ser que vive aún.»

Aunque así definida y naturalizada, la noción de alergia no pierde por ello un cierto regusto arcaico que le da, y no es paradoja, su toque de modernidad y actualidad; con ocasión de presentarles su «caso Calatañazor», les dice el doctor Vivar a sus discípulos: «Hoy van a ver ustedes más palpable el drama de la «alergia», cuyo sentido tiene hasta un fondo bíblico, pues otra vez parece repetirse la voz de Dios en el Paraíso, gritando: ¡Te está prohibido eso! ¡Ay de ti si pruebas de esa única cosa que te está prohibida entre las cosas!» Revive en el alma del enfermo, en su angustioso «sentirse morir», la ancestral experiencia de aquella hora lejana que hizo su vida vulnerable al dolor y a la muerte. ¿Necesita el curioso lector mayores aclaraciones para descubrir en esta original interpretación de la alergia una auténtica y certera versión de ese humano modo de enfermar que llamamos neurosis? Lo que sigue servirá para confirmarnos en esta idea.

### III

Ese polvo de recuerdos que se aferra a las cosas o a las ideas que más resistencia oponen a ser deserradas al olvido, es lo que nuestro doctor busca con atenta paciencia en la vida de sus enfermos; los relatos del doctor Vivar revelan cuán múltiples e insospechados son los rincones donde, escondido, ignorado, pueden irse acumulando los posos de lo que fué. «En numerosos casos, nos dice, he encontrado la enfermedad en los cajones de las mesas, donde había certificados de defunción, llaves de féretros ya consumidos en las quemaduras del pasado, y muchas esquelas de defunción conservadas en los paquetes de cartas.»

Se le hace preciso al doctor Vivar adentrarse en la vida de sus pacientes, «meterse» en ellos; pasear, curioso, entre sus recuerdos; escudriñar en las más nimias y espontáneas manifestaciones de su diario vivir; en una palabra: convivir con sus enfermos, conocer su hogar, sus gustos y preferencias, sus amistades, y, sobre todo, hacerles hablar; sorprendemos una referencia a sus métodos en estas palabras dichas por el doctor Vivar a un paciente suyo: «Todos te hubieran recomendado bicarbonato y cola Astier... Yo, no. Yo buscaba tu mal en otra cosa, y te he acompañado estas noches a tu casa, y te he confesado para saberlo.» Los más usuales medios de diagnóstico le ayudan, en ocasiones, en este quehacer indagador; así, sus rayos X le sirven para percibir las negras manchas, las sombras que dejan las obsesiones y los fanatismos; utilizándolos, descubrió un día la silueta de la mujer que «pesaba», agobiadora, en el corazón de un hombre («La más original radiografía»); otra vez, aplicando su «aparato sismógrafo»—el que usa «para comprobar los terremotos y las sorpresas del corazón»—, descifró en su «largo telegrama cifrado» el nombre del hombre del que aquel corazón de mujer se hallaba enamorado («Las sorpresas de la gráfica»).

Un ejemplo bien demostrativo de su manera de ejercer la profesión y explicarse la enfermedad nos lo proporciona en sus consideraciones acerca de los cardiopatas, aquéllos, dice, «que han pensado mucho en su corazón». A quienes se le acercan quejándose de que «les duele» el corazón, les responde: «Lo primero que tiene usted que hacer es deshacer todos los errores sobre el corazón... Debe usted sacrificar, no oír, no pensar en esa queja que acongoja su corazón... Ese corazón que usted siente es una supla-

tación del corazón.» «Tengo comprobado, reflexiona el doctor Vivar, pensando en estos cardiopatas pacientes suyos, que los males del corazón provienen de la creencia que tiene del corazón el que los padece.» «Hay que estudiar, añade, el corazón en su concepción en la mente del enfermo. El corazón no existe. El corazón sólo es una cosa que marcha o que se para, según el móvil, que no parte de él, sino que, por el contrario, acaba en él.» El corazón, en el cardiopata, es «un pánico o terror que le rodea, que le observa, que le encierra en su puño»; materializan su terror, concluye, y ello les enferma.

### IV

Para curar a sus enfermos, el doctor Vivar recurre a la persuasión y al mandato imperativo; les obliga a romper con el recuerdo aciago (léase, por ejemplo, el caso de «El viudo») o alejarse de los objetos, las cosas o personas donde pervive un pasado nefasto (así en los casos que titula «Los guantes viejos», «Federiquito», «Las pipas» y tantos otros que debería leer atento el lector). Une a sus disposiciones la reflexión, el razonamiento: «Mis palabras, confiesa nuestro doctor, como las medicinas de uso interno, hacen su efecto oscura y sordamente en el fondo de mis pacientes.» Sobre todo, busca enseñarles a vivir: «Al enfermo hay que hacerle que tome de frente la vida. Que salga de su calleja y busque el horizonte.» A veces, todo estriba en que aprendan a morir, a vivir su muerte (tal en su caso «El consuelo de la muerte»).

Este tema del morir, de la agonía, interesó a nuestro doctor, auténtico médico, lo suficiente para escribirnos sus reflexiones sobre ese instante, supremo y postrero, en el cual, ante la inminencia de su acabamiento, el enfermo, con extraña lucidez, rememora su existencia entera («El momento de la muerte»). Sus razones, no por considerarlas equivocadas, dejan de merecer un recuerdo: «Hay que evitar, opina el doctor Vivar, la clarividencia de ese último momento...; afrontar este problema de curar a la muerte de la muerte.» Cabe ante él, es cierto, buscar «el jarabe delicioso para la muerte...», embellecer ese último momento, quitarle cosas de ritual, aventar la muerte; pero cabe también (y ésta es, no creo que pueda dudarse, actitud más humana) vivirlo en toda su plenitud, con intensidad; abrir aún más, en su tránsito, los ojos del alma, y ofrecer el dolor que depare su angustia, a Aquel que dió una vida y una muerte aceptadas libremente para salvar nuestra existencia de una muerte sin posible resurrección.

# EXTRABÉ

NOMBRE REGISTRADO

## Complejo vitamínico B

Instituto Farmacológico Latino, S. A. - Madrid